

ESTUDIAR EL CAPITALISMO... ¿UNA TAREA FUERA DE ÉPOCA?

Valeria Ianni

Fuente

La Rosa Blindada:



Biblioteca
OMEGALFA
ΩΑ

DESDE hace tiempo, políticos, analistas, historiadores, periodistas, e intelectuales, sostienen con insistencia que el mundo actual ya no puede entenderse con el concepto de “capitalismo”.

Para justificar esa posición, algunos señalan que los cambios ocurridos en la estructura económica mundial han vuelto obsoleta la categoría de “capitalismo”. Esto se debería a la emergencia de un fenómeno novedoso: la “globalización”. A partir de ella, todas las variables que venían asociadas a la noción de capitalismo se habrían modificado sustancialmente. Por ejemplo, el trabajo industrial habría dejado de ser el lugar estratégico de la acumulación de capital dando paso a la valorización financiera. El corolario de este razonamiento sería la desaparición del trabajo asalariado. Otros autores menos tajantes, si bien no consideran caduco el concepto de “capitalismo”, sí lo creen incompleto. Por lo tanto, se impone el uso del plural y aparecen “los capitalismo”. Desde su perspectiva, habría diferencias esenciales entre el capitalismo europeo y el estadounidense, el capitalismo de tipo “fordista” y el de tipo el “neoliberal”.

También, hay quienes destacan junto a los cambios objetivos, los subjetivos. La clase obrera habría desaparecido como antagonista principal del capital y los capitalistas. Argumentan que en oposición al sujeto del “capitalismo industrial” o moderno, ahora los sujetos son “múltiples” y “heterogéneos”, su identidad ya no se estructuraría en el trabajo o en la relaciones de propiedad sino en el consumo. Esta “descripción” de la nueva realidad suele ir acompañada de una valoración de estas transformaciones. Para muchos intelectuales, los nuevos sujetos no sólo serían distintos del “antiguo” proletariado, sino que serían una verdadera superación de las tendencias totalitarias de los partidos obreros.

Dentro de esa posición, la crítica al marxismo llega al paroxismo. Se argumenta que, como programa, “ha mostrado no ser factible”. Así, concluyen que, en la práctica, las revoluciones en contra del capitalismo no habrían podido crear un orden mejor al vigente. En una masiva ofensiva ideológica declaran perimida la

visión del mundo que se fue delineando a partir del *Manifiesto Comunista*, con su crítica de raíz al capitalismo y su programa de transformación revolucionaria de la realidad. Por tanto, resultaría innecesario seguir usando categorías como la de “capitalismo” que corresponderían a los muesos.

Sin embargo, cuando uno profundiza en el estudio de la realidad actual puede ver que, lejos de haberse anulado las características y tendencias objetivas del “capitalismo”, éstas no hacen más que profundizarse. Pero lo que se ha debilitado es la capacidad de los explotados y oprimidos de organizarse para crear y luchar por una alternativa revolucionaria. El desarme teórico que acompañó la derrota de muchos movimientos revolucionarios de las últimas décadas, ha jugado y sigue jugando un papel central en la ausencia de perspectivas superadoras del sistema capitalista. No es accidental que los debates se centren en cómo hacer para convertir al capitalismo en un sistema más humano, sin desempleo, “equitativo”, con “derechos sociales”, etc., sin llegar a la raíz de estos problemas.

Las clases dominantes han logrado hasta tal punto la naturalización del capitalismo que incluso luchadores honestos que critican el actual orden de cosas, idealizan un período anterior en el que el estado intervenía y mediaba, los capitalistas invertían, había un círculo virtuoso entre salarios y ganancias, había movilidad social...

Por el contrario, y sin negar las diferencias que pueda haber entre países y períodos, entender qué es el capitalismo y cómo funciona, permite ir a la raíz de los problemas que padece hoy la mayor parte de la humanidad y comprender que una sociedad verdaderamente humana sólo podrá construirse destruyendo las relaciones capitalistas.

El capitalismo es producto de la historia

La naturalización del capitalismo como forma de organización de las relaciones sociales presenta rasgos específicos de ese modo de producción como si fueran características de toda la historia humana. Los hombres y mujeres siempre habrían entrado en este tipo de relación, que sería tan “natural” como sus necesidades vitales. Esta visión es difundida de formas explícitas e implícitas

a través de todos los medios que tiene a su alcance la clase dominante: los medios masivos de comunicación, la escuela y las universidades. Pero además esta naturalización entronca con la experiencia vital de muchos de nosotros que nacimos y vivimos bajo relaciones capitalistas, al igual que nuestros padres y abuelos.

Sin embargo, la mayor parte de los procesos sociales no pueden observarse en el transcurso de una vida humana. Seguramente, alguien que hubiera nacido en Roma en el siglo I de nuestra era, habría pensado que la esclavitud era eterna. Pero el estudio de la historia nos muestra que no fue eterna, por el contrario tuvo un origen y un desarrollo y, en determinado momento, desapareció ante el impulso de otras relaciones.

Entonces, lo primero que hay que reconocer es que el capitalismo no es un proceso natural sino un producto de la historia humana. Y esa historia no es el resultado de una voluntad divina, o de una fuerza insondable, sino de la acción de los hombres. Por lo tanto, si el capitalismo no existió siempre, ¿por qué habría de seguir existiendo eternamente?

El origen del capitalismo

El origen del capitalismo, en tanto sistema que domina e impone su lógica al conjunto de la sociedad, debe diferenciarse del origen de relaciones capitalistas bajo otros modos de producción.

En Europa Occidental, durante el imperio del feudalismo en la Edad Media (especialmente a partir del año 1000) surgieron relaciones capitalistas. El nacimiento y reproducción del capital comercial y usurario fue en gran medida consecuencia necesaria de las condiciones de producción feudales. Tanto el gran comerciante como el usurero realizaban sus actividades con el claro propósito de conseguir con su dinero, más dinero. Esto lo lograban a través de la venta por encima del costo, en el primer caso, o del cobro de intereses por el dinero prestado en el segundo.

Los intereses de comerciantes y prestamistas coincidieron con los de los señores feudales y los reyes en la gran expansión ultramarina emprendida en el siglo XIV. El saqueo sistemático, el robo a gran escala, los trabajos forzados y la esclavitud de las colonias

europas en África, Asia y sobre todo en América, permitió trasladar grandes masas de riqueza hacia Europa occidental. Era el proceso que Marx denominó la “acumulación originaria” y que, a diferencia de la acumulación de capital, no se basaba en la explotación económica de trabajo asalariado sino en la expropiación violenta de los productores directos y de la implantación de otras formas coactivas de trabajo.

En Europa también tuvo lugar la “acumulación originaria”. La progresiva separación de los campesinos de sus tierras y el endeudamiento de muchos artesanos fue creando tanto a una masa de hombres y mujeres que no podía ya producir sin vender su fuerza de trabajo, como a los capitalistas que se apropiaban de los medios de producción y de subsistencia. Fue gracias a esa separación violenta entre el productor directo y sus condiciones de trabajo que a partir del siglo XVI algunos comerciantes, arrendatarios o artesanos tuvieron bajo su mando a un número considerable de trabajadores. Mientras los primeros se transformaban en capitalistas, los otros se convertían en proletarios.

Estos capitalistas tomaron el poder con las revoluciones burguesas presentando su interés de clase como voluntad general. En el siglo XVII en Inglaterra y a fines del XVIII en Francia, la burguesía se transformó en clase dominante. Y a pesar de que todavía en la mayor parte del mundo imperaban otras relaciones, las relaciones capitalistas comenzaron a imponerse. Poco a poco se iría estructurando un mercado mundial capitalista que más tarde o más temprano cambiaría la historia de todos los pueblos de la humanidad.

La relación fundamental del capitalismo

Si hablamos de capitalismo como sistema en que la lógica es la del modo de producción capitalista, es necesario comprender cuál es la relación particular de este sistema que, al igual que otros en la historia, se basa en la explotación del hombre por el hombre.

La relación fundamental del capitalismo, aquella de la que depende su existencia, es la que se establece entre sus clases fundamentales en relación al trabajo y la producción. Esa relación es el trabajo asalariado. Es decir, desde el lado del obrero venta en

el mercado de su capacidad potencial para trabajar o fuerza de trabajo; desde el lado del capitalista, compra de esa mercancía muy especial.

El sentido común asocia la explotación a las malas condiciones de trabajo, al maltrato personal, o al pago de salarios por debajo de su valor normal. Sin embargo, la relación salarial es una relación de explotación; aunque los salarios sean “altos”, se cumpla una jornada limitada legalmente y se tengan derechos previsionales. Es más, aun cuando el capitalista sea una “buena persona”, o se considere “cristiano”, “democrático” o incluso “socialista”, la relación que se entabla a través del salario es una relación que supone y realiza la apropiación de trabajo ajeno.

Esta idea es central para entender que el problema de la explotación no se reduce a una cuestión de modales o de ilegalidad. En el capitalismo, el problema de la explotación es el problema de la relación salarial. Pero... si el salario es una relación de explotación, ¿por qué esto no se ve a simple vista?

La forma salario no permite ver la explotación

La principal dificultad para comprender lo que está detrás del salario, es la forma salarial misma. ¿En qué consiste esta “forma salario”? En un “acuerdo” de compra-venta de una mercancía muy particular: la fuerza de trabajo. El intercambio puede tener lugar sin que nadie burle a nadie. El trabajador puede vender su fuerza de trabajo al capitalista a su valor. Esto significa que el pago que recibe del dueño de los medios de producción le permite comprar las mercancías necesarias para su reproducción.

Hay que aclarar que lo necesario para su reproducción no se restringe a cubrir las necesidades de alimento para evitar la muerte. El valor de la mercancía fuerza de trabajo incluye también todas aquellas necesidades que socialmente se consideran indispensables para la subsistencia y que la clase trabajadora logró que se incluyeran en el salario normal.

Luego del intercambio entre capitalista y obrero, en el que el primero pagó lo que debía al segundo, comienza el proceso de producción: las máquinas, edificios, materias primas e insumo son transformadas por el trabajo del obrero en un producto nue-

vo. El capitalista se queda con el producto y el obrero con el salario.

¿Qué hay de injusto en esto? A simple vista, nada. Y, no obstante, el capitalista obtiene una ganancia, ya que de otro modo no adelantaría su capital. ¿De dónde sale esta ganancia si impera el reino de la igualdad?

La explotación de trabajo asalariado

La clave está en el pasaje del plano de la circulación al de la producción y en la diferencia que existe entre “trabajo” y “fuerza de trabajo”. Estas dos categorías son centrales para comprender el funcionamiento del capitalismo.

Lo que vende el obrero al capitalista es su fuerza de trabajo, esto es, la capacidad de trabajar. En el momento del intercambio se vende esta fuerza que recién se va a realizar y desplegar en el acto de la producción. Ningún capitalista aceptaría a un trabajador que en el proceso productivo no pusiera en práctica su fuerza de trabajo. En ese momento, cuando el obrero entra en actividad, su fuerza de trabajo hasta entonces potencial se activa y se transforma en trabajo.

Habíamos partido del supuesto de que en la esfera de la circulación, el obrero recibía del capitalista un salario que correspondía al valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo, ese valor (esto es, el tiempo de trabajo que lleva a producir las mercancías que entran en el consumo del obrero) es menor que el tiempo que efectivamente el obrero trabaja en el proceso productivo.

A modo de ejemplo, si el valor de mi fuerza de trabajo equivale a 6 horas de trabajo, esto no significa que yo trabaje sólo 6 horas. ¿Por qué? Porque el valor de mi fuerza de trabajo cubre lo que yo necesito para reproducirme (fisiológica y socialmente) durante todo un día. Por lo tanto, trabajo 12 horas en lugar de 6.

En la primera mitad de la jornada laboral creo con mi trabajo 1000 productos que tienen en total un valor igual al de mi salario. La segunda mitad de la jornada constituye un trabajo por encima de ese tiempo equivalente al salario. Es un “plustrabajo” que crea una cantidad mayor de producto. Ese “plusproducto” contiene un valor que excede al de salario, o sea, un “plusvalor”

o “plusvalía”.

Por lo tanto, el capitalista venderá 2000 productos. Con la mitad repondrá el salario que me pagó. Con la venta de los otros 1000 productos lo que estará haciendo es transformar el plusvalor que está atrapado en la forma útil de la mercancía, en dinero. Una vez que el capitalista tiene en sus manos el dinero “preñado” de plusvalor, puede iniciar un nuevo ciclo. Esto se sintetiza dentro del marxismo en la siguiente fórmula: $D - M - D'$. Donde la D representa el capital adelantado en forma de dinero con el que se compran las mercancías (representadas con la M) necesarias para llevar a cabo el proceso de producción. La D' representa al mismo tiempo que el capital adelantado se ha incrementado gracias al plusvalor, y que ha retornado de la forma de mercancía a la de dinero.

Los “bienes de capital” y la “refutación” de la explotación

Cualquier estudiante de Ciencias Económicas podría decir que el desarrollo anterior está incompleto. Podría argumentar: “No se ha tomado en consideración la inversión del capitalista en maquinaria, materia prima e insumos que arriesga el capitalista. Es cierto que el obrero aporta el ‘factor trabajo’, pero también es cierto que el capitalista aporta el ‘factor capital’ sin el cual el obrero no podría trabajar”.

Es necesario detenernos en analizar esta crítica ya que es una “refutación” (veremos que falsa) muy extendida de la explicación marxista de la explotación capitalista.

La primera cuestión consiste en preguntarnos de dónde sacó el capitalista el dinero para iniciar el ciclo. Lo más probable es que no sea dinero ahorrado con el sudor de su frente, sino obtenido por medios dudosos (contratos con el estado, corrupción, etc.) o por herencia. En última instancia, si rastreamos los primeros eslabones de la cadena de herencia de los capitalistas como clase encontramos la “acumulación originaria” que, como vimos, consiste en la apropiación por la fuerza del trabajo ajeno. Para que los capitalistas como clase se enfrenten a la clase obrera, necesariamente tuvo que mediar la apropiación de los primeros de los medios de producción expropiados a los productores directos.

Pero, seguramente, nuestro crítico nos dirá que él tiene un amigo que efectivamente comenzó con un monto de dinero ahorrado con su trabajo. Y si no tiene alguien conocido esgrimirá ejemplos como el de Henry Ford, Bill Gates o de cualquier personaje que con “iniciativa” se haya transformado de proletario en capitalista. ¿Es cierto en ese caso que el ingreso que recibe el capitalista no es trabajo ajeno sino retribución de su aporte?

En primer lugar, a diferencia de la fuerza de trabajo, el resto de las mercancías no tiene la capacidad de trabajar o funcionar más tiempo del que está contenido en ellas. Si una máquina cuesta 300 u\$s, a lo largo del tiempo que funcione lo único que va a hacer es transferir en partes su valor a los nuevos productos.

En segundo lugar, veamos qué pasa cuando el ciclo del capital se repite. Supongamos que nuestro aspirante a capitalista adelanta 10.000 u\$s producto de su propio trabajo. Sin entrar en detalles innecesarios en un primer acercamiento al tema, supongamos que gasta en salarios 2.000 u\$s y que el trabajo vivo de los obreros le resulta en un total de valor nuevo de 4.000 u\$s. El valor del producto contiene, además, la parte de valor que los medios de producción, gracias al trabajo vivo, transfirieron al nuevo producto. Digamos que éstos han transferido una quinta parte de su valor total, o sea 2.000 u\$s.

Por lo tanto, la suma de valor nuevo y valor transferido da por resultado 6.000 u\$s.

Cuando el ciclo se repita 5 veces, no quedará nada del valor original de los 10.000 u\$s. Pero como nuestro capitalista es emprendedor, reinvertirá las ganancias. ¿Y qué es la ganancia sino la forma en que aparece el plusvalor para el capitalista?

Pero, lo más relevante que habría que contra argumentarle al hipotético estudiante de Ciencias Económicas es que el capital no es una cosa, ni un factor, es una relación social. No hay nada que química, física o mecánicamente convierta a una máquina en capital. La identificación del capital con las cosas, en particular con las que funcionan como medios de trabajo (máquinas y herramientas) borra la determinación social e histórica que transforma a un objeto en expresión del capital. El hombre del paleolítico que tallaba la roca para convertirla en un hacha de mano construía un instrumento de trabajo, un medio para transformar

la naturaleza. El hacha no era su capital, porque no había mercado, ni mercancía y menos aún había capital y trabajo asalariado.

Entonces, lo que a primera vista se presenta como un intercambio entre iguales, entre un vendedor y un comprador cualquiera, es desde el comienzo una relación basada en la desigualdad. Por otra parte, a medida que los ciclos de producción se repiten, el obrero sigue siendo obrero y el capital se acrecienta. Esto significa que también se ensancha la masa de desposeídos de los medios de producción. En fin, lo que se ha reproducido y ampliado es la relación social propia del capital.

La necesidad de un ejército industrial de reserva

Muchos intelectuales y pensadores que en los años sesenta del siglo XX adherían al marxismo sostienen en la actualidad que las categorías que éste dejó no sirven ya para comprender al capitalismo contemporáneo. Una de las tesis importantes esgrimidas por estos sectores es que Marx no pudo prever los niveles que ha alcanzado en los últimos 30 años la desocupación. La “desaparición de la clase obrera” adjudicada a la última revolución tecnológica tendría profundas consecuencias políticas, como la ya referida “desaparición” de la clase obrera como sujeto que contiene la potencialidad de dirigir un cambio de raíz del capitalismo.

Por empezar, la noción de “clase obrera en desaparición” parte de una concepción estrecha y errada de la clase obrera. Ésta no está formada, como sostienen muchos, por los obreros adultos, varones, de trabajo eminentemente manual, contratados formalmente y cuyos salarios se establecen a través de la negociación entre representantes de los patrones y los sindicatos. Esta imagen lineal y descriptiva de la “verdadera clase obrera” no tiene nada que ver con lo que postula el marxismo.

Sin entrar en la ardua discusión en torno a los límites del trabajo productivo e improductivo para el capital, en la obra de Marx se sostiene que la clase obrera está formada por múltiples fracciones y capas de trabajadores asalariados. Recordemos, un asalariado es quien sólo puede obtener los medios de subsistencia necesarios para reproducir su vida a través de la venta de la úni-

ca mercancía que posee: su fuerza de trabajo.

De ninguna manera se deduce de esto que todos los asalariados van a lograr vender su fuerza de trabajo, y menos aún, que podrán hacerlo recibiendo un salario “normal”. Por el contrario, siempre necesita que una parte de la clase obrera esté desocupada. El ejército industrial de reserva es un elemento disciplinador del conjunto de la clase y el regulador por excelencia del salario. Así como dijimos que la expropiación de los productores directos era una condición y un resultado del movimiento del capitalismo, también es una condición y un resultado la creación de una masa de trabajadores que no puede vender su fuerza de trabajo de manera regular. Para ser claros, sin ejército industrial de reserva el capitalismo no puede despegarse.

En consecuencia, la existencia de una parte de la clase obrera en condiciones miserables no es un aspecto excluyente de los inicios de la historia del capitalismo. El cambio notable en la proporción entre ocupados (ejército activo) y desocupados (ejército de reserva) no es una refutación del análisis del capitalismo marxista. Una de las leyes de la acumulación de capital a la que Marx le dedica mayor atención en su obra cumbre, es justamente a la tendencia al aumento de la parte proporcional de la clase obrera que no es contratada por el capital. ¿Cómo se produce esto? La respuesta está en la propia dinámica del modo de producción capitalista que al impulsar la incorporación de innovaciones en el proceso productivo genera una disminución de la cantidad de fuerza de trabajo que se precisa para poner en movimiento el proceso de producción.

En las últimas tres décadas, lejos de disminuir, el número de seres humanos que está obligados a vender su fuerza de trabajo en el mercado ha aumentado de manera exponencial. Lo mismo ha ocurrido con la parte de la clase obrera que ni siquiera puede “beneficiarse” de un salario suficiente para tener una vida digna. Por lo tanto, lejos de presenciar en estos comienzos del tercer milenio la desaparición de la clase obrera lo que enfrentamos es su expansión. Y el hecho de que hoy no haya grandes organizaciones revolucionarias no habilita a hacer futurología. En ese punto la acción de los hombres y mujeres juega un papel central.

Algunas tendencias del movimiento del capital

Muchas de las autoproclamadas “críticas superadoras” del análisis marxista del capitalismo se basan en refutar una versión vulgar, esquemática y simplista de dicha tradición. No obstante, cuando se estudia en serio, esta linealidad nada tiene que ver con el marxismo. Esto se verá en lo siguiente donde se presenta una primera aproximación a las características y tendencias más importantes que impulsan al capitalismo.

La competencia

Bajo el capitalismo no existe una planificación de la producción social que garantice desde el inicio una asignación verdaderamente racional y conciente de los recursos. Por el contrario, la regulación de la producción global se realiza de manera ciega y anárquica. En lugar de llevarse a cabo antes, la constatación de si lo producido tiene una demanda efectiva ocurre una vez que el proceso de producción ha concluido y adoptado la forma de mercancía. Pero esta validación del trabajo ya realizado no está garantizada, ya que en el mercado aparece un conjunto muy grande de mercancías del mismo tipo producidas por diversas empresas que compiten entre sí.

Recordemos que en las mercancías estaba contenido el plusvalor, motor de toda la producción. Si las mercancías preñadas del trabajo impago de los obreros fracasan en el salto mortal que implica ir al mercado, el capitalista puede verse obligado a reducir el precio de venta sin poder realizar la totalidad de la plusvalía contenida.

Este peligro para los intereses del capitalista desata una dinámica de feroz competencia. Y cada competidor empleará todos los medios a su alcance para ganar.

El aumento de la productividad

Además de los medios extraeconómicos, el aumento de la productividad es el procedimiento específico por el cual las empresas buscan ganar terreno sobre sus competidoras.

Las innovaciones tecnológicas tienen la función de permitirle al innovador arrasar a sus competidores. Dado que podrá bajar el valor agregado a cada mercancía individual, podrá venderla por debajo del precio medio pero por encima de su valor individual, realizando de este modo una ganancia extraordinaria. Sin embargo, los competidores que estén en condiciones de hacer frente a las inversiones requeridas imitarán y/o mejorarán la innovación original. Una vez que ésta se haya generalizado, ya no habrá ventaja para ninguno. Sin embargo, la introducción de la innovación permite a los capitalistas individuales y a su conjunto quebrar la resistencia que los trabajadores oponen a los aumentos de la productividad.

Tendencia a aumentar la explotación

El hambre de plusvalor hace que los capitalistas aumenten la explotación de los trabajadores. Esto se da a través de dos formas principales y relacionadas que se denominan plusvalor “absoluto” y “relativo”.

El primero hace referencia a la prolongación de la jornada laboral. Si el trabajo necesario (el que cubre en términos de valor el equivalente del salario) dura 6 horas y la jornada se extiende de 12 a 14 horas, el capitalista se ha agenciado de dos horas más de plustrabajo. Si bien es un error identificar al plusvalor absoluto con un determinado período histórico, es innegable que la posibilidad de realizar este procedimiento a gran escala requiere de la débil organización de los obreros como ocurrió en los inicios del capitalismo, o de una fuerte y terrible represión como ocurrió en los espacios coloniales o durante regímenes genocidas.

En cambio, la producción de plusvalor relativo es la forma específica de acrecentar el plusvalor en el capitalismo consolidado. El procedimiento es más complejo y no aparece determinado unilateralmente por el capitalista de una fábrica, sino que involucra al conjunto de la sociedad. Sin alterar la duración de la jornada laboral, aumenta el tiempo de plustrabajo por reducirse el tiempo de trabajo necesario. Hasta ayer la jornada era de 12 y se dividía en partes iguales entre el tiempo que el obrero repone el valor de su fuerza de trabajo y el tiempo de plustrabajo. Pero el creciente desarrollo de las fuerzas productivas sociales del traba-

jo puede abatir el tiempo de trabajo necesario. Es decir, se puede reducir el valor de la fuerza de trabajo a la mitad. En ese caso el obrero sigue trabajando 12 horas pero ahora el capitalista puede quedarse con el plusvalor de 9 horas.

La caída del valor de la fuerza de trabajo no es sinónimo a la reducción de salarios. El pago de la fuerza de trabajo por debajo de su valor es una forma de aumentar la ganancia que los capitalistas emplean, sobre todo cuando el ejército de reserva aumenta. Pero cuando hablamos de reducción del valor normal, nos referimos al efecto que produce el aumento de la productividad en las ramas de la industria que producen mercancías que entran en el consumo obrero. Por ejemplo, la compra de carne en Argentina, permitió abaratar el precio de esa mercancía que en Inglaterra formaba parte del consumo de los trabajadores.

Nuevamente vale aclarar aquí, que el aumento de la explotación no significa bajos salarios y condiciones de vida miserables. Contrariamente a las apariencias, la proporción entre tiempo de trabajo necesario y plusvalor puede (y tiende a) ser mayor en los países más desarrollados que en los menos desarrollados.

Tendencia decreciente de la tasa de ganancia

La introducción de innovaciones en el plano productivo, especialmente las representadas por el mejoramiento del sistema de máquinas tiene una consecuencia importantísima. El aumento de productividad trae consigo la disminución del trabajo vivo necesario para alcanzar determinado resultado. Con una menor o igual cantidad de trabajadores se puede obtener ahora una mayor producción.

Desde el punto de vista de la clase obrera, esto se manifiesta en el progresivo aumento de la masa de trabajadores que va a parar al ejército industrial de reserva y que se ve empujada a vender su fuerza de trabajo por debajo de su valor, con lo que ejerce una presión negativa sobre el resto de los asalariados.

Desde el punto de vista de los capitalistas, las decisiones de ampliar, mejorar y racionalizar la estructura productiva lleva a que la proporción de trabajo vivo (capital variable) disminuya a favor del trabajo muerto (lo que llamamos antes capital constante:

máquinas, materias primas, insumos, instrumentos diversos de trabajo, etc.). Si por un lado esto permite apuntarse una ventaja en la competencia intercapitalista, por otro lado va mermando la fuente valor y de plusvalor. Cada vez hay que invertir más en los materiales que forman el capital constante para obtener una proporción de plusvalor constante. Notemos que no estamos hablando aquí en términos absolutos sino relativos; no nos referimos al total del plusvalor producido con un adelanto de capital de mayor, sino a la proporción entre ambos. Si antes el plusvalor representaba el 10 % del total de capital adelantado, ahora representa sólo el 8%. Puede ser que en términos absolutos la masa total de plusvalor sea mayor en el segundo caso, pero para obtenerla, proporcionalmente, hubo que realizar un desembolso mayor de capital.

Cuando esta tendencia decreciente de la tasa de ganancia no se ve contrarrestada por otras, el estallido de la crisis es inevitable.

Tendencia a la sobreproducción relativa

A la dificultad recién señalada se agrega el hecho de que el capitalismo es un modo de organización social del trabajo humano, en el que el propósito inmediato de la producción no es la satisfacción de necesidades sino en la obtención de la máxima ganancia (forma modificada del plusvalor). De allí que lo que cuenta para los capitalistas no es la existencia de necesidades insatisfechas en términos abstractos sino la de aquellos que pueden presentarse como compradores. Debido a ello hay una disociación entre la capacidad de producción y la posibilidad de consumo de las mayorías. La propia anarquía también produce un enorme derroche de recursos.

Cuando la escisión entre producción y consumo se ensancha hasta convertirse en una verdadera brecha, el estallido de la crisis es inevitable.

Las crisis

Contrariamente a lo que sostienen los economistas liberales ortodoxos, el capitalismo engendra, una y otra vez, crisis. La crisis no es un fenómeno que se deba al azar o que, como postulan

los keynesianos, pueda evitarse con medidas políticas adecuadas. Son las características propias de este modo de producción las que vuelven inevitables estos periódicos ajustes violentos entre las variables.

Lejos está de ser idílica la solución a los efectos creados por la irracionalidad que subyace a este modo de producción sustentado en la producción no planificada, en la obtención de la máxima ganancia como objetivo excluyente, etcétera. Por tanto, la crisis no es la puesta en práctica de un plan para reencauzar la situación. Por el contrario, la catástrofe que significa parece tan ingobernable como un desastre natural: se desploman las acciones, quiebran empresas y bancos, los pequeños capitalistas son arruinados, los menos poderosos son absorbidos por los más grandes, se fusionan empresas, se introducen nuevas innovaciones que abaraten costos de producción, la desocupación se expande entre los obreros, etcétera.

Las tendencias a la concentración y a la centralización

Otras tendencias importantes del movimiento del capitalismo son la concentración y centralización del capital. La tendencia a la concentración no es más que otra forma de llamar a la creciente reinversión de ganancias en el plano productivo lo que permite obtener más cantidad de plusvalor. La concentración es otra forma de nombrar la acumulación, de referirse a la transformación de plusvalor en capital.

En cambio, la centralización no genera un aumento del capital social global, sino la redistribución del capital social ya existente. En consecuencia, si antes había 3 empresas, luego hay sólo una. La nueva empresa tiene un capital mucho mayor que el que tenían sus componentes por separado. Este incremento no se ha debido al aumento progresivo del capital social a causa de la acumulación, sino que ha permitido agrandar de golpe el capital disponible. El proceso de centralización suele acelerarse en los momentos de crisis en los que las empresas más fuertes logran fusionarse o comprar a las que tienen dificultades.

La tendencia a la internacionalización del capital

La competencia, la búsqueda de fuentes de materias primas baratas, de energía y de fuerza de trabajo, la búsqueda de mercados y de espacios de inversión, empujan al capitalismo a expandirse sobre espacios en los que las relaciones de capital y trabajo asalariado no existían. Esto sucede tanto en el plano internacional como nacional.

Las formas históricas en que se concretó esta tendencia han ido cambiando. También la dimensión, ritmos e interdependencia creadas en diferentes épocas de internacionalización no se mantuvieron constantes. Lo que resulta indudable es que la globalización tiene importantes antecedentes históricos y que su despliegue encuentra en las tendencias propias del capitalismo su explicación.

La lucha de clases

Consideramos que para hacer una primera aproximación a qué es y cómo se mueve el capitalismo, no basta con tomar en cuenta las tendencias antes mencionadas. Lejos de las tesis que escinden lo objetivo de lo subjetivo, estamos convencidos de que la lucha de clases (en distintas formas, con diferentes estrategias y posibilidades) es una dimensión inmanente de la dinámica del capitalismo.

A pesar de verse obligados a vender su fuerza de trabajo en el mercado, los obreros no son una mercancía más. A diferencia del esclavo, se venden por un lapso de tiempo. La libertad formal de estos trabajadores, la posibilidad de elegir patrón (aunque sin poder decidir no tenerlo), permite que la clase obrera tenga una potencialidad histórica que no tuvieron otras clases explotadas.

Y los asalariados ni bien superan el estado de competencia de todos contra todos, se unen y organizan para conseguir un mejor salario, mejores condiciones de trabajo, limitación de la jornada laboral, e imponer restricciones a la explotación de fuerzas de trabajo inmaduras, etc. La lucha de los obreros no es algo que se superpone a la dinámica del capitalismo sino que es parte de ella y es la que puede destruir y superar las relaciones sociales

capitalistas de producción.

La vinculación intrínseca entre capitalismo y lucha de clases no significa que los obreros estén todos los días debatiendo en asambleas, leyendo folletos y periódicos, enfrentándose a los capitalistas y al estado. La lucha de clases tienen sus alzas y bajas, momentos de avance y de retroceso. Es imprescindible distinguir entre las luchas que tiene como meta la mejora de condiciones sin cuestionar las relaciones fundamentales del capitalismo y aquellas luchas que, sin dejar de lado las reformas, tienen como meta la revolución. Sin embargo, la “paz social” que pregonan los capitalistas y sus aliados no puede concretarse dentro del sistema actual.

El capitalismo como sistema mundial: desarrollo desigual y combinado

Este complejo sistema que es el capitalismo tiende, como ya anticipamos, a extenderse internacionalmente. Pero esto no lleva a una homogeneización de las condiciones en todo el mundo. Muy por el contrario, ese desarrollo es desigual y combinado. Desigual porque no resuelve sino que profundiza las diferencias entre espacios, combinado porque cada una de las partes sólo tiene sentido y puede explicarse en su mutua relación.

Esta noción es muy importante para refutar algunas ideas utópicas acerca de cómo es y cómo podría ser este desarrollo. En primer lugar, nos obliga a considerar al capitalismo como sistema mundial, superando la estrechez de miras del nacionalismo. En segundo lugar, permite criticar la posición de quienes argumentan que con un buen elenco gobernante, con una burguesía seria, con un capitalismo productivo, con empresas con “sensibilidad social”, la realidad de los pueblos del mundo podría mejorar.

Creemos que la comprensión del funcionamiento del capitalismo nos obliga a combatir las falsas expectativas de superación humana dentro del orden vigente. No sólo porque es muy difícil que un país del Tercer Mundo (ahora eufemísticamente llamados “emergentes”) se convierta en potencia mundial. Principalmente, porque aún en los países que han pegado el “despegue” (léase, Brasil, India, el sudeste asiático, etc.) como en los propios países

del Primer Mundo, la base del capitalismo es –necesariamente- la explotación. Sin ignorar las singularidades que pueden caracterizar determinada situación coyuntural, no podemos retroceder en la comprensión de la contradicción fundamental: capital versus trabajo.

El Estado capitalista

La comprensión del estado capitalista como forma que adquiere el dominio de la burguesía sobre el conjunto de la sociedad es uno de los grandes aportes del marxismo para la comprensión del capitalismo. Esta es una cuestión central que tiene importantes consecuencias prácticas. Si la forma salario, como mencionamos al comienzo, presenta dificultades que impiden conocer inmediatamente su contenido de explotación, otro tanto ocurre con la “forma estado”.

Desde la perspectiva marxista partimos de que todo estado surge de la sociedad, de sus divisiones y contradicciones. La necesidad del estado no está en la maldad y egoísmo “innatos” de los seres humanos, que de no existir un poder superior se autodestruirían. El estado surge por la necesidad de establecer y reproducir una dominación de clase. Y esto ocurre en determinados momentos históricos. Por tanto, también en este punto hay que destacar el carácter histórico de los estados en general y del estado capitalista en particular. La necesidad de un poder estatal no es transhistórica como la necesidad de trabajar.

El estado capitalista se presenta como algo externo a la sociedad que se sitúa por encima de ella y que encarna el “interés general”. Sin embargo, ese “interés general” no es más que la expresión en términos universales del interés de la clase dominante. El hecho de que en el capitalismo no sean los integrantes de la clase dominante los que en persona ejerzan ese poder pareciera contradecir esto. Esta forma de dominación mediada resulta más efectiva que las que se basan en la unidad inmediata entre poder político y económico. Al aparecer como “tercero” en la relación entre capital y trabajo, el estado cumple una función importantísima amortiguando los choques entre los intereses antagónicos de los capitalistas y los trabajadores.

La naturaleza de clase del estado no se fundamenta en los víncu-

los, cuya existencia no estamos poniendo en duda, entre la burocracia estatal y las sociedades anónimas o en los innumerables casos de corrupción. Lo fundamental, lo que da sentido a los innumerables ejemplos es que el estado reproduce la forma capitalista de la sociedad. Sus valores universales son los de esta sociedad y no los de cualquier sociedad humana. Esto no quiere decir que el estado no pueda desplegar ninguna iniciativa o que su actividad no tenga impacto sobre la sociedad de la que surge. Pero marca un límite muy claro al margen de acción del estado. La propiedad privada -que no es otra cosa que el derecho a explotar trabajo ajeno- es intocable.

Sin entender la relación necesaria e inmanente entre capitalismo y estado, no podemos comprender ni a uno ni al otro.

Las fases de la historia del capitalismo

A lo largo de los 200 años de historia del capitalismo, el mundo ha cambiado profundamente. Si a fines del siglo XVIII la burguesía todavía estaba luchando por el poder, otra fue la situación a fines del siglo XIX y en la actualidad.

¿Quiere decir esto que hay diferentes tipos de capitalismos? Entendemos que no. El capitalismo es uno pero con cada una de sus fases va adquiriendo más determinaciones.

¿Estas particularidades anulan las tendencias generales? No, rotundamente no. Las particularidades de cada momento histórico y de cada espacio le dan características propias a esas tendencias generales, no a otras tendencias. ¿Quiere decir que sólo conociendo esas tendencias generales conocemos al capitalismo? Tampoco, por eso es necesario conocer su historia.

La fase del capitalismo de “libre-competencia”

Desde el origen del capitalismo, podemos marcar ciertas fases.

La primera, iría desde la “doble revolución burguesa” (Revolución Industrial y Revolución Francesa) a fines del siglo XVIII hasta el último tercio del siglo siguiente. Muchos han denominado a esta fase como “capitalismo de libre competencia”. Con esto no se están ratificando las tesis de liberalismo, sino que lo que

se destaca es que por la magnitud de capital acumulado la competencia no era tan desigual como sería más adelante. Esta escasa magnitud hacía que la tendencia a la internacionalización no pudiera darse más que a través de la exportación de mercancías a regiones en las que no imperaba la relación asalariada. Por supuesto, el incremento de los intercambios llevaba la impronta de la hegemonía capitalista y obligaría a modificar las relaciones de producción en los nuevos espacios que se vinculaban.

Hasta 1848, el ejército de reserva en los países de Europa occidental era grande, la clase obrera no estaba organizada lo que derivaba en una explotación ilimitada: jornadas de trabajo interminables, condiciones de salubridad pésimas, trabajo infantil y femenino, entre otras “bellezas” del capitalismo. Pero ese año marca un punto de quiebre en la historia. El proletariado se constituye como sujeto político con las revoluciones de 1848. Meses antes, Marx y Engels escribían el *Manifiesto Comunista*, verdadera arma política, teórica e ideológica contra el capital.

La derrota de los trabajadores, que todavía no podían definir con precisión las tareas y programas de su revolución, permitió junto a otros elementos la gran expansión capitalista de 1850–1873. La producción maquinizada de las máquinas y la revolución en los medios de transporte (ferrocarriles, barcos a vapor) contribuyeron también.

En 1871, la clase obrera en la Comuna de París hacía un nuevo aprendizaje y generaba el pánico entre los capitalistas de todo el mundo. El estado que en épocas menos turbulentas puede aparecer para muchos como “árbitro”, lanzó al ejército contra los obreros, y recibió el apoyo de otros estados. La propiedad privada fue defendida con el fusilamiento de más de 20.000 comuneros en pocos días.

El imperialismo o la fase del capitalismo monopolista

En 1873 una crisis general sin precedentes puso fin al boom de las décadas anteriores. El exceso relativo de capital hizo caer la tasa de ganancia, el plusvalor no se reinvertía en la producción y ocurrió lo que sucede con las crisis: quiebra de empresas, despidos en masa, recesión.

La extensión temporal de la depresión (duró hasta mediados de la década de 1890) llevó a muchos a creer que el capitalismo no podría recomponerse. Sin embargo, como advirtió Lenin, a partir de esa fecha y en particular desde los inicios del siglo XX, el capitalismo entró en una nueva fase de acumulación acelerada, a la que denominó “imperialismo”.

Como siempre sucede, esta recuperación de la tasa de ganancia se dio debido a la conjunción de múltiples variables. El exceso relativo de capital en las metrópolis estimuló su exportación a las colonias (formales o informales), ésta permitió a su vez el aprovechamiento de fuentes de materias primas y fuerza de trabajo que permitía reducir los costos de producción. Además, la posibilidad de comprar alimentos en el mercado mundial permitió un considerable abaratamiento de éstos, con el efecto ya mencionado de aumentar el plusvalor (relativo).

La productividad también aumentó con la introducción de innovaciones en el proceso de producción: la organización científica del trabajo, el desarrollo de la ingeniería, el aprovechamiento de la electricidad y de fuentes de energía más eficientes que el vapor (petróleo), el surgimiento de nuevas ramas y de industria de base, entre otras.

Los cambios técnicos eran posibilitados y estimulaban la concentración y la centralización de la propiedad. El salto dado en la centralización de capital se manifestó en la formación de cárteles y trusts. Pero, a diferencia de lo que ocurriría un siglo después, la centralización se dio principalmente dentro de los espacios nacionales, estableciendo una identificación muy fuerte entre capitalistas “nacionales” y sus estados. Las medidas de proteccionismo, el fomento a la industria propia, la garantía de ganancias, el emprendimiento de campañas coloniales mostraron que Gran Bretaña ya no era la única potencia capitalista. La competencia interimperialista adoptó cada vez más la forma de lucha entre estados y culminaría en la masacre de la Primera Guerra Mundial (1914–1918).

El triunfo de la Revolución Soviética en el '17 y la oleada de revoluciones en la posguerra cambió el panorama de la lucha de clases al mostrar la actualidad de la revolución socialista. Como siempre ocurre, los estados capitalistas que habían peleado en la

guerra en bandos opuestos se unieron para derrotar al enemigo de clase. La Unión Soviética pudo resistir, pero sola.

Los años de entreguerras están atravesados por una crisis económica, política, social e ideológica. La acumulación capitalista enfrentó serias dificultades para recobrar los ritmos de preguerra, y en 1929 el crack de la Bolsa de Nueva York sacó a la luz una profunda crisis mundial. La desocupación y la miseria se extendieron, muchos pequeños propietarios pasaron a engrosar las filas del proletariado, pero aún así, el capital siguió durante varios años sin encontrar la rentabilidad necesaria. Fue la Segunda Guerra Mundial la que permitió salir de la crisis. El nazismo recurrió a un aumento coercitivo de la plusvalía absoluta, para lo que perpetró el genocidio y el terrorismo en gran escala. Por otra parte, las potencias “democráticas” encontraron en la industria bélica un espacio para la acumulación también facilitada por la depresión salarial. Luego, la destrucción de vidas y bienes terminó de resolver la situación previa de sobreproducción y caída de la tasa de ganancia.

La fase del “capitalismo tardío” o del “neocapitalismo”

El nuevo boom de la segunda posguerra abrió una nueva fase. Los acuerdos teóricos dentro del marxismo para este período son menores que para otras fases. Estos años han sido muy idealizados últimamente por los intelectuales progresistas. Esos “treinta gloriosos” de la burguesía, con el estado de bienestar, las políticas keynesianas, la inversión industrial y las altas tasas de ganancia son esgrimidas una y otra vez como contrapunto de la fase actual. Son presentados como la prueba de que el capitalismo puede generar desarrollo, crecimiento y que las contradicciones de clase pueden resolverse a través de las negociaciones colectivas entre sindicatos, estados y cámaras empresariales.

Sin embargo, esta mirada nostálgica de armonía poco tiene que ver con la realidad de aquellos años. Por empezar, en los países centrales los aumentos de salarios se mantuvieron mientras la productividad crecía (o sea, la explotación). Es cierto que el “pleno empleo” (que nunca es pleno) de entonces contrasta con los niveles de desocupación actuales. No obstante no deberíamos ignorar las profundas críticas que trabajadores e intelectua-

les revolucionarios hicieron de ese trabajo deshumanizado y alienante en la época, sobre todo en los países que eran el emblema del “estado de bienestar”.

En la periferia la lucha alcanzó niveles más elevados. El proceso de descolonización de Asia y África, cuyos ejemplos emblemáticos son Vietnam y Argelia, fue el resultado de la lucha de los pueblos por su liberación. Las metrópolis recurrieron a todos los medios a su alcance para evitar ese desenlace. A la matanza, las golpizas, los bombardeos masivos a civiles, la burguesía agregó la aplicación sistemática de la tortura como medio para quebrar a los militantes que caían en sus manos. Por si esto fuera poco, en un territorio considerado como “propio” triunfó la Revolución Cubana y dos años después declaró el carácter socialista del proceso. La respuesta de los capitalistas fue una embestida en toda América Latina para derrotar a las fuerzas revolucionarias que se multiplicaban.

A fines de los años '60 la expansión de posguerra ya había comenzado a extinguirse al tiempo que se abría una nueva fase de tonalidad depresiva. Ésta recién comenzaría a revertirse hacia la década de 1990.

La fase de la “globalización”

El inicio de la década del noventa del siglo XX marca un verdadero punto de inflexión en la historia del capitalismo. La derrota de los movimientos revolucionarios conseguida inicialmente en el plano político-militar se tradujo en una derrota ideológica que mermó las posibilidades de una recomposición rápida de los movimientos populares. El derrumbe del bloque “socialista” significó un verdadero triunfo para el capitalismo que había logrado vencer a su antagonista de décadas. Económicamente, la apertura al mercado de esas zonas del planeta abrió inmensas posibilidades para la producción de plusvalor. Para el movimiento obrero en general, más allá de las divergentes posiciones respecto a la URSS, el retorno de esas regiones a las relaciones netamente capitalistas dio lugar a un repliegue.

El retroceso en las conquistas que los trabajadores habían conseguido con enormes esfuerzos, a causa del incremento duradero de la desocupación, permitió al capital encontrar aire para re-

componerse e iniciar una nueva fase de expansión que dio en llamarse “globalización”. En los términos empleados aquí, la novedad consistió en que la centralización de capital comenzó a darse a nivel internacional. Materialmente, la automatización de la producción y el desarrollo de las telecomunicaciones permitieron realizar las distintas partes de un proceso de producción en lugares hasta entonces remotos entre sí. Siguiendo la ley del desarrollo desigual y combinado, la “globalización” reprodujo y amplió las diferencias entre regiones. Por otra parte, la posibilidad de transferir desde los países centrales las partes menos intensivas en capital constante a países periféricos con bajos salarios, empujó hacia abajo el valor de la fuerza de trabajo general, al tiempo que la compra de esa mercancía por debajo de su valor se generalizó a gran escala.

El famoso “modelo neoliberal” no es otra cosa que el capitalismo de nuestra época. La tan mentada “retracción del estado” no es más que la acomodación de las políticas de estado a la nueva realidad. Los críticos del “modelo” sostienen que, manteniendo las relaciones capitalistas pero con una gestión responsable y honesta, y con una burguesía que piense en el desarrollo del país, se pueden mejorar las condiciones de vida. La revolución desaparece del horizonte y con ella la posibilidad de poner fin al capitalismo, y lo único que queda es administrar lo posible y elegir el mal menor.

La posibilidad de superación del capitalismo

Contrariamente a las tesis de los mecanicistas, que creen que el desarrollo de las fuerzas productivas llevará por sí mismo a la superación del capitalismo; cuestionando también a los catastrofistas que vaticinan la “crisis final” y el desplome de este modo de producción desde hace un siglo, estamos convencidos de que la única posibilidad de poner fin a esta máquina de explotación puede surgir de la acción revolucionaria consciente y mancomunada de trabajadores. En el brevísimo repaso realizado sobre la historia del capitalismo hemos visto que ese sistema logra recuperarse de crisis profundas, y lo hace desarrollando las fuerzas productivas, aumentando la explotación, aniquilando las posibilidades de desarrollo de la inmensa mayoría de la humanidad.

Asimismo, el recorrido histórico no permite albergar ilusiones sobre los medios y terrenos en que la burguesía luchará para defender sus privilegios. Empleará la brutalidad científicamente planificada y perpetrada en masa.

Al señalar a los trabajadores como sujetos del cambio, no estamos pensando en la imagen vulgar de trabajador de fábrica, varón, con empleo en blanco y vacaciones pagas. Estamos refiriéndonos a todos los trabajadores que, más cerca o más lejos del trabajo manual, somos explotados por el capital.

¿Y cómo renegar de la meta de una sociedad comunista? Hoy parece muy lejano, pero no por ello es una utopía producto de una imaginación fantasiosa. Aunque como proyecto abarque a muchas generaciones, no debemos renunciar a ello. ¿O vamos a creer que el capitalismo tuvo origen pero no tiene fin? ¿Vamos a seguir asumiendo con naturalidad que la misma humanidad que puede analizar el mapa genético, enviar satélites al espacio y crear hermosas obras de arte, no puede hacer nada para dejar de someter a millones y millones de seres humanos a la miseria? Estamos convencidos de que, aun con marchas y contramarchas, aun con dificultades innumerables, los trabajadores pueden construir una sociedad en la que la vida de los hombres y mujeres que habitamos este planeta sea plenamente humana. ●



Glosario

1. Fuerza de trabajo: capacidad que tienen todos los hombres para trabajar. Bajo el capitalismo, la fuerza de trabajo se convierte en mercancía. Como tal tiene una particularidad que la distingue del resto de las mercancías, es creadora de valor, puede crear más valor del que ella misma cuesta.

2. Trabajo asalariado: es la forma de explotación de trabajo ajeno en la que se basa el capitalismo. La igualdad formal entre capitalista y obrero en la esfera de la circulación oculta la desigualdad inherente a esta relación.

3. Capital: es una relación de producción social basada en la explotación de trabajo asalariado y cuya meta y motor es la apropiación del mayor plusvalor posible. No es una cosa (máquina, dinero, materias primas).

4. Plusvalor: parte del valor creado por los asalariados en el proceso de producción más allá del tiempo de trabajo necesario para crear el equivalente de su salario. Es apropiado por el capitalista.

5. Explotación: en términos generales refiere a la relación de poder por la que un grupo puede vivir sin trabajar beneficiándose con el trabajo ajeno. Es constitutiva de todas las sociedades de clases. En el capitalismo la relación de explotación surge de la diferencia entre la fuerza de trabajo y el trabajo.

6. Centralización: cambio en la distribución de la propiedad sobre el capital que pone en manos de un solo dueño (sea individual o colectivo) capitales antes dispersos y menos potentes.

7. Concentración: sinónimo de acumulación. Es la transformación de plusvalor en nuevo capital, a través de su reinversión productiva.

8. Fuerzas productivas: es un concepto complejo que integra múltiples dimensiones como el nivel de destreza medio de los trabajadores, el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones técnicas, la coordinación social del proceso de producción, la escala y

la eficiencia de los medios de producción, y las condiciones naturales.

9. Internacionalización: tendencia del capital a expandirse por sobre las fronteras “nacionales”.

10. Crisis: ajuste violento, necesario e inevitable bajo el capitalismo, de las variables y dimensiones del sistema.

11. Acumulación originaria: se denomina así a la acumulación que es condición histórica para el surgimiento del capitalismo, pero que no se basa en la relación de explotación propia de este modo de producción (el trabajo asalariado).

12. Capital constante: es la parte del capital que se adelanta para adquirir los **medios de producción** (maquinaria, materias primas, edificios, insumos, etc.). Es decir, en comprar el **trabajo muerto** necesario para que la fuerza de trabajo pueda trabajar. En el proceso productivo el capital constante sólo puede **transferir valor, no crearlo**.

13. Capital variable: es la parte del capital que se adelanta para adquirir la fuerza de trabajo. Es el **trabajo vivo** que ésta pone en movimiento la única parte del capital que **crea valor** (y plusvalor).

14. Ejército industrial de reserva: parte de la clase obrera que el capital no emplea. A pesar de no ser fuente directa de plusvalor, permite regular el nivel de los salarios. Es una condición de, y también un resultado para, la acumulación de capital.

15. Desarrollo desigual y combinado: forma en la que se desarrolla el capitalismo. Lejos de homogeneizar las condiciones de todo el mundo y en todas las esferas de la vida social, el capitalismo reproduce bajo nuevas formas las diferencias preexistentes y crea desigualdades nuevas.

Bibliografía recomendada:

- Carlos Marx y Federico Engels: *Manifiesto Comunista*, 1848 (varias ediciones).
- Carlos Marx: *El capital .Crítica de la economía política*, 1867. En castellano es altamente recomendable la edición de Siglo XXI con la traducción de Pedro Scaron.
- Carlos Marx: *Trabajo asalariado y capital*, 1849 (varias ediciones).
- Ernest Mandel: *El capitalismo tardío*, 1979, Ediciones Era, México.
- Vladimir I. Lenin: *El estado y la revolución*, 1917 (varias ediciones).
- Vladimir I. Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, 1917 (varias ediciones).

Datos biobibliográficos de la autora:

Valeria Ianni nació en Argentina en 1977. Es maestra de nivel primario y profesora de Historia. Actualmente da clases en la Universidad de Buenos donde está cursando su doctorado. Por fuera de las actividades académicas participa de grupos y talleres que intentan sacar a la Historia de los claustros y acercarla a trabajadores, estudiantes, militantes. Ha escrito junto a Alejandro Ravassi (dibujante) *La Guerra Civil Española para principiantes*, Ed. Longseller, 2006. Ha publicado la *Guerra y Revolución en España* en la Colección Historias desde Abajo, Ocean Press.